

El intento revolucionario de Apio Herdonio

JORGE MARTÍNEZ-PINNA

RESUMEN

El presente artículo analiza el episodio de Apio Herdonio situándolo en el contexto de la crisis interna de Roma en el siglo V a.C. En él se pretende demostrar que Herdonio era un noble romano que hizo suyas las reivindicaciones del elemento plebeyo más bajo, intentando lograr sus fines por un camino revolucionario y radical. El fracaso de su acción estuvo determinado por la contraofensiva del patriciado, pero también por la pasividad de la élite plebeya, que no consentía iniciativas al margen de su seno y que al mismo tiempo veía cómo una mejora social y económica de la plebe baja podía perjudicar sus intereses.

La aventura conducida en Roma por Apio Herdonio en el año 460 a.C. es un hecho ciertamente relevante en la historia de la primitiva República romana, aunque no tanto por las consecuencias inmediatas que tuvo —sin ninguna duda mínimas—, sino sobre todo porque pone al descubierto una faceta en gran medida oculta de la situación política de la época, demasiado encajonada en el esquema tradicional representado por el dualismo patricio-plebeyo. Herdonio se identifica a una ideología y a una praxis políticas que no comulgan con el *status* institucional, bien sea éste patricio o plebeyo, y de ahí que su acción no deje de ser algo esporádico y marginal en el relato analítico y por ello mismo de difícil interpretación incluso para los historiadores antiguos.

Las fuentes disponibles para acercarse al problema no son abundantes, como sucede en general con otros episodios de gran antigüedad en la historia de Roma. Los dos autores principales son los sempiternos Livio y Dionisio de Halicarnaso, que en sus respectivas historias se detienen momentáneamente en el lugar adecuado para relatar este acontecimiento (Livio, III, 15-18;

Dionisio, X, 14-17). A partir de estos, y fundamentalmente de Livio, deriva el resto de las noticias conocidas, a saber Floro (II, 7, 1-2), Orosio (II, 12, 5-6), Agustín (*Civ. Dei*, III, 17), Zonaras (7, 18) y Juan Antioceno (fr. 47M); tan sólo disponemos de un autor anterior a Livio que se haya ocupado del episodio de Herdonio, Catón, pero el fragmento transmitido hace alusión únicamente al dictador tusculano L. Mamilio, que intervino al final del conflicto (Catón, fr. 25P). Finalmente hay que añadir a la lista el testimonio de Landolfo Sagax (I, 20), autor muy tardío que prácticamente se limita a copiar a Orosio.

A partir de estos datos, el episodio se puede sintetizar de la manera siguiente. Siendo cónsules P. Valerio y C. Claudio, un noble sabino llamado Apio Herdonio, al frente de un grupo armado entró por sorpresa en Roma y se apoderó del Capitolio, con la intención de liberar a los esclavos y apoyar en general a los oprimidos. Este acontecimiento agudizó el conflicto entre plebeyos y patricios, que por entonces atravesaba unos momentos especialmente tensos. Los tribunos afirmaban que Herdonio actuaba por cuenta del patriciado, para distraer la atención de las reivindicaciones que habían planteado, y los cónsules a su vez acusaban a los tribunos de connivencia con el enemigo instalado en Roma. Finalmente triunfó la voluntad de los cónsules, aunque previamente Valerio tuvo que prometer apoyar las aspiraciones plebeyas. Cuando se disponían a asaltar el Capitolio, llegó a Roma la gratificante ayuda de los tusculanos, conducidos por L. Mamilio, y todos juntos lograron restablecer el orden tradicional. En la acción pereció Herdonio, pero entre los muertos también se encontraba el cónsul Valerio; Mamilio fue recompensado poco después con la concesión de la ciudadanía romana.

En todas las versiones llegadas a nuestras manos se constata la presencia de un núcleo originario de tradición —cuyo resumen acabamos de ver— que se mantiene esencialmente uniforme, de manera que las variaciones existentes, sobre todo entre el relato de Livio y el de Dionisio, son más bien producto de la diferente interpretación de unos hechos que incluso los autores mencionados no llegaron a comprender del todo. Por otra parte, la historicidad del episodio en sí mismo, en su propia esencia, no me parece discutible, pues bastante garantía supone el que una acción considerada tan «indigna», por asumir palabras de Orosio y de Floro, haya pasado a la historiografía oficial. Por tanto, aquella opinión que se podría calificar de nihilista, en el sentido de que partiendo de una crítica excesivamente escéptica de la tradición llega a negar la veracidad del relato analístico, creo que debe desecharse.

Tal como la conocemos, la intentona de Apio Herdonio se enmarca en dos vertientes, una exterior, en relación a los conflictos que en el siglo V opusieron a romanos y sabinos, y otra interior, conectada con el enfrentamiento entre el patriciado y la plebe, lo que en última instancia ha determinado las dos vías principales de interpretación en la historiografía reciente. A este respecto, J. Poucet señala la existencia de dos versiones que, con diferente origen, contribuyeron conjuntamente a conformar la tradición

canónica: por una parte, se detecta lo que él llama la versión sabina de los acontecimientos, que haría referencia a un ataque de este pueblo contra Roma que culminó con la ocupación del Capitolio, y por otra, una mucho más moderna que, manipulando los datos, trataba de reflejar en una antigua fase de Roma la situación de conflicto social que vivía la ciudad en los siglos II y I a.C.; la mayor antigüedad de la versión sabina confirma la historicidad del episodio desde esta perspectiva exterior. Sin embargo, aun reconociendo la influencia que su propia época ejercía sobre los analistas cuando escribían acerca de la historia de su ciudad, mi opinión es que la cuestión hay que plantearla al contrario de como lo hace Poucet, esto es, dando mayor importancia y verosimilitud a la versión «romana» y relegando la «sabina» al mundo de la fantasía.

El primer registro del acontecimiento debía asumir una forma muy simple y escueta, destacando probablemente aquellos elementos de mayor trascendencia: la ocupación del Capitolio por un tal Apio Herdonio, la muerte de uno de los cónsules —Valerio— en el conflicto subsiguiente y por último una mención a la *fides* de Mamilio, quien acudió en ayuda de los romanos. Una relación de este registro con ambientes sacerdotales es algo que no conviene despreciar *a priori*, dado ese colorido religioso que esporádicamente emerge en el relato. Sobre este núcleo de tradición comienzan a operar, a partir sobre todo de mediados del siglo IV, diversos factores que van ampliando su contenido y alterando su significado originario. En este sentido destaca, en mi opinión, la intervención de la *gens* Valeria, uno de cuyos antepasados había sido protagonista del acontecimiento, y sin duda alguna la del analista de época silana Valerio Antias, una de las principales fuentes de Livio y a quien se le acusaba de seguir una tendencia más novelística que histórica, poniendo su pluma al servicio de sus patronos los Valerios. Posiblemente haya que achacar al «factor gentilicio» una de las alteraciones que más contribuyeron a configurar el resultado final de la tradición, esto es la inclusión del elemento sabino en un intento por cambiar el significado de la muerte del cónsul Valerio, pasando de la indignidad que supone sucumbir en un conflicto interno y «servil» al heroísmo de dar la vida por la patria defendiendo la ciudad ante el enemigo que ha penetrado en su interior. De todo ello resulta una narración muy confusa, hasta tal punto que nunca llegó a cuajar una auténtica tradición canónica, pues aunque todos los historiadores antiguos venían a aceptar unos mismos hechos, a la hora de interpretarlos las diferencias son manifiestas. En todas las fuentes disponibles se admite sin discusión el sabinismo de Herdonio, pero excepto en Livio y en Dionisio, el enemigo se identifica a elementos socialmente marginados de la ciudad: así, Orosio habla de *cives exules servique fugitivi*, Zonaras utiliza el término *οικεῖος πόλεμος*, *exules et servi* aparecen en Agustín y en la *Periocha* de Livio y finalmente Floro cierra su exposición con la significativa frase *sed hic tumultus magis fuit quam bellum*. El propio Dionisio no parece que tuviera muy claros cuáles eran exactamente los motivos que habían impulsado a Herdonio a emprender su aventura, si para convertirse en tirano, si para

sustituir la hegemonía romana por la sabina o simplemente por una mera ambición de prestigio personal (Dionisio, X, 14, 1).

En otro orden de cosas, considerando la cuestión desde un punto de vista histórico, la opinión que defiende un ataque sabino contra Roma me parece insostenible. El hecho de que un grupo más o menos numeroso —las cifras de 2.500 y de 4.000 que proporcionan respectivamente Livio (III, 15, 4) y Dionisio (X, 14, 1) son totalmente ficticias— se hubiese acercado a las mismas puertas de Roma, no puede constituir una acción sorprendente, puesto que ya había sucedido en ocasiones anteriores (por ejemplo, Livio, II, 63, 7; III, 8, 7), siendo su propósito simplemente saquear y retirarse inmediatamente con el botín conseguido, práctica bélica muy corriente en la época. Pero por ello mismo se hace muy difícil comprender el cómo y el porqué de la ocupación del Capitolio, algo que no consiguió ni la expedición más violenta de los celtas, situación que todavía se complica más si se pretende interpretar el episodio en el marco de un *bellum gentilicium*, es decir, como la expedición de una *gens* sabina contra la ciudad de Roma. En mi opinión, la única explicación factible, tanto históricamente como a través del contenido de la tradición, tiene que centrarse en una perspectiva exclusivamente interna, sin necesidad de acudir a ningún factor ajeno a Roma y al Lacio.

Ha llegado el momento de plantear la cuestión de la personalidad de Herdonio, a quien todas nuestras fuentes coinciden en concederle la nacionalidad sabina. Sin embargo, otros datos apuntan en dirección contraria. Ciertamente el gentilicio *Herdonius* es de origen itálico, pero ello no implica necesariamente que aquellos que llevan este nombre también lo sean; los dos cónsules de Roma de ese año 460 pertenecían a dos familias de procedencia sabina, Claudio y Valerio, pero eso no significa que fuesen sabinos. Por otra parte, Herdonio no es un gentilicio muy frecuente en la onomástica latina arcaica. Además de nuestro personaje, las fuentes mencionan a un Turno Herdonio que vivió a finales del siglo VI y que intervino activamente en la política de su ciudad y de su nación, oponiéndose a los dos principales cabezas que dirigían por entonces los designios de la gran comunidad latina, Tarquinio el Soberbio de Roma y Octavio Mamilio de Tusculum. Este último Herdonio tenía, como vemos, un *praenomen* de origen etrusco y un *nomen* itálico, pero era latino; esta onomástica mixta se explica perfectamente por la gran movilidad social y la apertura étnica características de la época arcaica. Respecto a la patria de Turno Herdonio, Livio indica Aricia (I, 50, 3), mientras que Dionisio menciona una desconocida *Κορίλλη* (IV, 45, 4), que quizá haya que identificar con Corioles o con Bovillae; en todo caso, la ciudad en la que los Herdonios realizaban un papel principal pertenecía al territorio de los *Prisci Latini* y más concretamente a aquel situado al sur del macizo Albano. Así pues, Apio Herdonio parece ser un noble latino, aunque sus antepasados fuesen de origen itálico, y dado que esa área del Lacio basculaba en gran parte sobre la hegemonía romana, podemos suponer que nuestro personaje podía haber entrado ya a participar de la ciudadanía de Roma.

Otro elemento a considerar es el de los participantes en la aventura de Herdonio. Prácticamente la generalidad de nuestras fuentes califica a los seguidores de Herdonio como *exules* y *servi* (*δούλοι* y *φυγάδοι* en Zonaras); tan sólo Dionisio constituye la excepción al hablar de *πελάται* y de *θεραπόντες*, de acuerdo con su idea primera de plantear el episodio como un *bellum gentilicium*, aunque más adelante, una vez que Herdonio ha ocupado el Capitolio, se hace una llamada a esos mismos *δούλοι* y *φυγάδοι* para apoyar la revuelta. La terminología que emplean los autores antiguos es un tanto equívoca, ya que utilizan términos propios de su época para calificar unos acontecimientos muy anteriores e inmersos en un contexto diferente, pero en su conjunto no resulta completamente indescifrable. En general, se aprecia que los seguidores de Herdonio son elementos desclasados y socialmente marginados, víctimas sin duda alguna del gran problema social que entonces azotaba a Roma y que el propio Herdonio pretende solucionar: el de las deudas y los *nexi*. Efectivamente, el término *servi* tiene que identificarse a este último, pues aunque la esclavitud no era un fenómeno desconocido en la Roma arcaica, no era ésta una sociedad esclavista y su extensión debe considerarse mínima, así como su importancia como fuerza de trabajo e incluso dentro del ámbito doméstico, pues la *τροφή* no era en absoluto una de las características de la aristocracia latina; la única forma de explotación humana que existía en esta época era precisamente a través del *nexum*. Probablemente también en relación a esto último hay que situar a los *exules* mencionados, es decir, aquellos que para librarse del *nexum* habían decidido huir de su ciudad y refugiarse en el extranjero, parientes próximos pues de aquellos otros que por una causa similar se habían exiliado del Ática y a los que Solón procuró su vuelta (Solón, fr. 24 Adrados); otro tipo de exiliados, como ese Kaeso Quinctio condenado poco tiempo atrás, no parece probable que participaran en una aventura de estas características. Finalmente creo que también se le debe conceder cierta confianza a Dionisio e incluir en el grupo a los propios dependientes de Herdonio, pues siendo éste de origen noble y constituyendo la clientela una de las principales fuerzas de choque de la nobleza, no podía menos que recurrir a su gente para incrementar sus posibilidades de éxito.

En cuanto a la actitud de los magistrados, los cónsules y los senadores, representantes de la clase dominante, procedieron como cabía esperar, esto es adoptando una postura represiva para ahogar cuanto antes el movimiento revolucionario de Herdonio. Más particular fue sin duda la posición que mantuvieron los tribunos de la plebe, caracterizada por una parte de total pasividad frente a los revolucionarios y por otra de oposición a la acción de los cónsules, tratando de impedir la leva mediante la aplicación de la *intercessio*. Esta ambigüedad no es más que aparente y se explica perfectamente por la necesidad de los tribunos, y en definitiva de la élite plebeya que representan, de no verse involucrados en un asunto sumamente delicado que a la larga podía volverse en su contra, pues el movimiento no había partido de su dirección; su actitud ante este hecho fue pues de no intervención, pero

de intentar beneficiarse de los resultados fuese cual fuese el vencedor. Tal como lo plantean Livio y Dionisio, esto es en el contexto de la ocupación del Capitolio por un extranjero, la posición de los tribunos no es nada airosa, sobre todo en el relato de Livio, en el que los cónsules logran finalmente convencer a la plebe para tomar las armas a pesar de la oposición de sus magistrados. Pero la realidad debió ser otra, pues por un lado resulta extraño que la plebe abandonara a sus tribunos para luchar en favor del patriciado contra un elemento más próximo a él, y por otro, la intervención del dictador de Tusculum, L. Mamilio, carecería de sentido si toda la ciudad hubiese hecho causa común. En su breve narración de estos acontecimientos, Orosio especifica que Valerio combatió al mando de los *iuniores*, término que no parece referirse a las centurias concretas de ese tipo de edad en el ordenamiento serviano, puesto que en principio esta situación sería de tan extremo peligro para la patria que habría sido necesario reclutar a todos los movilizables. Por el contrario, creo que es más probable que el término *iuniores* haga referencia a *iuventus* o *iuniores patrum*, es decir, a la juventud patricia, que se había convertido en una facción radical y en una importante fuerza activa del patriciado en los años anteriores, destacándose por sus ansias y actos de violencia hacia la plebe y sus tribunos y uno de cuyos dirigentes, Kaeso Quinctio, había sido ya condenado por tales acciones (véase Livio, III, 11, 7-8; 13,1; 14, 3; 15, 3).

Gran importancia tiene la intervención de L. Mamilio y la *iuventus Tusculana* al lado del cónsul Valerio. Este hecho responde a diversas causas. Por una parte, la oposición que de antiguo sostenían Mamilios y Herdonios, como vimos anteriormente, se revitaliza en estos momentos en que de nuevo los Herdonios intentan asumir cierto protagonismo en una importante ciudad del Lacio. Por otra parte, hay que considerar también el deseo de los Mamilios de Tusculum de congraciarse con Roma y el patriciado dirigente, ya que no muchos años antes el jefe de la *gens*, Octavio Mamilio, había emparentado con Tarquinio el Soberbio y le había apoyado en su intento por recuperar el trono de Roma en la batalla del lago Regilo, donde el tusculano encontró la muerte (Livio, II, 19, 7-9; Dionisio, VI, 11, 3). Finalmente no hay que desechar la posibilidad de que a pesar de esto último existiesen vínculos entre los Mamilios y algunas familias patricias de Roma, especialmente los Quinctios, *gens* de origen albano que juega un importante papel en la historia de la Roma contemporánea, destacando por su tendencia dura hacia la plebe, como hemos visto en el comportamiento de Kaeso. Precisamente el padre de este último, el célebre L. Quinctio Cincinato fue elegido cónsul *suffectus* tras la muerte de Valerio y dos años después, en el 458, siendo dictador, venció a los ecuos en el Algido, con lo cual salvó a Tusculum de una gravísima amenaza. Curiosamente el mismo día que Cincinato celebraba el triunfo que se le había concedido por esta victoria, L. Mamilio Tusculano, *adprobatibus cunctis, civitas data est* (Livio, III, 29, 6).

La intervención de un extranjero o de una ciudad en los asuntos internos de otra no constituye un hecho sorprendente en la Italia arcaica. En una fase

en la que la ciudad se encuentra todavía en período de asentamiento, en la búsqueda de unos principios organizativos fundamentales, la solidaridad de clase se presenta como una necesidad imperiosa para que los estratos dirigentes sigan gozando de sus enormes privilegios. El ejemplo que nos proporciona L. Mamilio en el episodio que analizamos no es un *unicum* en la historia del Lacio arcaico. Pocos años más tarde, en el 443, la ciudad latina de Ardea atravesó unos momentos muy críticos en los que el enfrentamiento entre patriciado y plebe amenazaba incluso con destruir la ciudad; no contando con recursos suficientes para controlar la situación, el elemento noble de Ardea acudió a Roma solicitando ayuda y gracias a la intervención del cónsul romano M. Geganio el orden tradicional imperó de nuevo en esta ciudad latina (Livio, IV, 9-10). Otro ejemplo lo encontramos muy probablemente en uno de los llamados *Elogia Tarquiniensia*, en concreto en el de *Aulus Spurinna*, quien siendo magistrado de su ciudad, la etrusca Tarquinia, entre las hazañas que se le atribuyen, se encuentra la represión de un *bellum servile* en Arretium, sin duda un movimiento similar al capitaneado por Herdonio y en una fecha aproximadamente contemporánea. Por el contrario, los elementos plebeyos no contaban en estos casos con más ayuda que sus propios recursos, por lo cual si la situación empeoraba tenían que acudir a naciones enemigas para que les ayudasen: así hicieron los plebeyos de Ardea, que llamaron a los volscos, y de la misma manera amenazó Herdonio con acudir a volscos, ecuos y sabinos si sus propuestas no eran tenidas en consideración. En muchos aspectos, el episodio de Apio Herdonio recuerda otros momentos de la historia más antigua de la República romana, sobre todo el de Spurio Maelio en el año 439 y la célebre *seeditio Manliana* protagonizada por Tito Manlio en el 384. Representantes todos ellos del estrato económicamente más favorecido —incluso uno de ellos, Manlio, era patricio— toman como bandera la mísera situación por la que atravesaba un sector importante de la población romana con la finalidad de alterar las relaciones políticas y sociales existentes, no aspirantes quizá a una situación de poder personal, sino sobre todo impulsores de un movimiento de carácter isómico pero de corte radical.

El programa que defendía Herdonio, así como el escenario de su lucha, se enmarcan perfectamente en estos presupuestos. Cuando Herdonio y Manlio ocuparon el Capitolio seguramente no pensaban tanto en razones defensivas, que inmediatamente se mostraron totalmente ineficaces, como sobre todo ideológicas: el Capitolio era el símbolo de la ciudad, de su independencia y de su libertad, lugar donde se alzaba el templo de la divinidad poliada, Júpiter Óptimo Máximo, protector de todos los romanos, pero de hecho monopolizado por su clase dirigente. No en vano el ateniense Cílón comenzó —y terminó también— su intento en el siglo VII a.C. asimismo apropiándose de la Acrópolis. Si verdaderamente el Capitolio hubiese sido ocupado por un ejército enemigo, el senado y el pueblo no se reunirían en la curia y el foro respectivamente, según dice Livio (III, 17, 4), sino que forzosamente tendrían que buscar otros lugares donde deliberar.

Las propuestas que Herdonio lanzó desde el Capitolio iban dirigidas a mejorar la situación de los más desfavorecidos: permitir el regreso de los exiliados, devolver la libertad a los esclavos, cancelar las deudas y asegurar un mejor reparto del botín (Livio, III, 15, 9; Dionisio, X, 14, 3). Según se puede apreciar, este programa revolucionario se centra en dos campos de acción, el de las deudas por un lado y el de los beneficios de la política exterior por otro, aspectos ambos que iban en contra de las capas mejor situadas económicamente y en particular del patriciado como gran beneficiario de la situación. La guerra ofrece dos formas de enriquecimiento, el botín y la ocupación del suelo. La cuestión del botín comienza ya a plantearse en esta época, en el sentido de que su beneficio debe recaer en la ciudad y no en el individuo concreto, aunque todavía estamos lejos de llegar a una situación límite, como ocurrió en el año 414 cuando el tribuno consular M. Postumio fue asesinado por sus soldados por oponerse a un reparto individual (Livio, IV, 49-50). De todas maneras la propuesta de Herdonio iba dirigida a una mejor distribución de esta riqueza, de forma que no afectara tan sólo a los combatientes sino también a aquellos ciudadanos más pobres que por su escasez de recursos veían cerradas las puertas de la milicia. Pero además la propuesta de Herdonio posiblemente haya que extenderla a la otra forma de enriquecimiento, con lo que entramos en la llamada cuestión agraria, una de las principales reivindicaciones de la plebe en su lucha contra el patriciado y que en estos momentos se encontraba un tanto aletargada: en el año 462 el tribuno Sex. Titio había planteado de nuevo el problema, pero fue rechazado por la propia plebe más dedicada por entonces a las reivindicaciones políticas (Dionisio, IX, 69, 1). En cuanto a las deudas, era ésta la vejación más acuciante que sufría el sector más mísero de la plebe y sobre el que todavía no se había logrado ningún éxito.

Así, pues, Herdonio hizo suyas las reivindicaciones de la plebe y estaba dispuesto a defenderlas con su propia vida; pero no triunfó y la causa de su fracaso sin duda alguna hay que atribuirla a la propia plebe. Esta última no constituía un grupo homogéneo y tampoco poseía una clara conciencia de clase, puesto que en última instancia se definía negativamente, en el sentido de que era plebeyo todo aquel que no era patricio. Los problemas que tenía la plebe y, en consecuencia, las reivindicaciones que planteaba eran tantos como sectores la conformaban. Simplificando enormemente la cuestión, se puede admitir que existían dos grandes sectores sociológicos en el seno de la plebe, los que disponían de recursos y los que carecían de los mismos, reconociendo naturalmente la existencia de grados intermedios y diferentes dedicaciones económicas. Los problemas de uno y otro sector eran distintos, los primeros más interesados en conseguir una total equiparación política, mientras que los segundos, más preocupados por su situación económica, reivindicaban una solución a las cuestiones agraria y de las deudas; sin embargo, todo iba en el mismo paquete, pero los magistrados plebeyos, encargados de conducir la lucha, se reclutaban lógicamente entre los miembros del primer grupo. En ocasiones los intereses de la élite plebeya

coincidían con los del patriciado gobernante y las víctimas eran siempre los plebeyos más pobres. La cuestión de las deudas nos ofrece una clara muestra de todo esto, pues sería absurdo pensar que únicamente los patricios eran los acreedores existiendo familias plebeyas con un nivel económico similar, considerando además que este espinoso problema no se resolvió totalmente sino con la *lex Poetilia Papiria* en el año 326, cuando el movimiento plebeyo había ya desaparecido. Ahora bien, los tribunos utilizaban estas reivindicaciones económicas y sociales como motivo de su lucha, pero siempre dentro del marco institucional, que actuaba como una barrera aceptada a sus impulsos políticos, lo cual provocó en numerosas ocasiones que esa plebe mísera, con cuya vida se jugaba, perdiera la orientación de clase necesaria en toda revolución, no se identificara con los intereses de sus líderes y anduviera ideológicamente errante.

Al aceptar las condiciones impuestas por la plebe secesionista en el monte Sacro en el año 494, el patriciado ciertamente concedió armas revolucionarias a sus oponentes, pero al mismo tiempo aseguró su propia continuidad al fijar los términos en los que habría de desarrollarse la lucha. Con ello determinó un interlocutor válido, cortado incluso a su propia medida, y evitó la auténtica revolución que podía haber supuesto su destrucción. Apio Herdonio rompió las reglas del juego e intentó a través de un medio no reconocido colmar las justas aspiraciones de la plebe. Su propósito estaba de antemano condenado al fracaso: aunque no intervino en su contra, la plebe «institucional» le volvió por completo la espalda y el patriciado, con sus propios recursos y la ayuda del dictador de Tusculum, no tuvo apenas problemas para desembarazarse de él. Con Herdonio se nos descubre pues esa otra faceta de la Roma del siglo V, la no oficial, y por ello mismo la menos reconocida, pero sin duda tan verdadera como cualquiera.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

R. Bonghi, «Appio Erdonio. Critica di critica», *Nueva Antología*, II.19, 1880, 239-342; F. Münzer, «Herdonius», *RE*, VIII.1, 1913, col. 618-619; M. Capozza, *Movimenti servili nel mondo romano in età repubblicana*, I, Roma, 1966, pp. 37 ss.; J. Poucet, *Recherches sur la légende sabine des origines de Rome*, Louvain, 1967, pp. 106 ss.; L.-R. Ménager, «Les collègues sacerdotaux, les tribus et la formation primordiale de Rome», *MEFRA*, LXXXVIII, 1976, p. 532; J. Gagé, *La chute des Tarquins et les débuts de la République romaine*, Paris, 1976, pp. 22 ss.; E. Noe, «Il tentativo di Appio Erdonio nella narrazione di Dionigi», *RAL*, XXXII, 1978, 641-665; A. Bottighieri, «Il caso di Appio Erdonio», *AAN*, LXXXVIII, 1978, 7-20; P. M. Martin, *L'idée de royauté à Rome*, I, Clermont Ferrand, 1982, pp. 329 ss.; A. Romano, «Dal pater gentis ai patres dell'organizzazione cittadina. Note sul fondamento della leadership arcaica», en G. Franciosi, *Ricerche sull'organizzazione gentilizia romana*, I, Napoli, 1984, pp. 115 ss. Sobre Turno Herdonio, C. Ampolo, «Un supplizio arcaico: l'uccisione di Turnus Herdonius», en *Du châtement dans la cité*, Roma, 1984, 91-96. Sobre los Mamilios, L. Monaco, «La politica dei Mamili nel quadro dei rapporti tra Roma e l'Etruria», en G. Franciosi, *cit.*, 205-256.

